Fauna Guardianes

BRUNA

Sangre nueva

LOBO MEXICANO · Una aventura ilustrada



01

La última noche

Su madre no la acompañó hasta el arroyo.

Se quedó entre los pinos, con una pata apoyada sobre la piedra donde Bruna había dormido de cachorra. La joven loba se volvió.

«¿Vienes?»

La madre olfateó el aire.

Bruna conocía aquel gesto: lo había visto antes de cada cacería. Pero esa mañana no había nadie reuniéndose detrás.



Llevaba días apartándose del grupo y regresando. Cada vez iba más lejos. Tenía casi dos inviernos; las patas parecían pedir un territorio que todavía no conocía.

Su hermano salió de la sombra y le empujó el hocico, invitándola a jugar.

Bruna se agachó. Estuvieron a punto de rodar por el suelo.

Luego levantó la cabeza hacia el arroyo.

Cuando volvió a mirar, su madre ya se había sentado.

Bruna bajó sola. En el primer recodo se detuvo para escuchar a la familia. Después siguió caminando.





02

El cuervo

El mundo, de noche y sola, era enorme.

Bruna caminó llanos que no terminaban, cruzó arroyos secos, durmió en cuevas que olían a otros animales. No había nadie a quien preguntar. Nadie que fuera adelante marcando el rumbo. Sólo ella, su nariz y las estrellas.

Al tercer día notó que algo la seguía por el aire. Un cuervo. Negro, grande, que volaba en círculos sobre ella y se posaba a esperarla en los árboles secos.

—¿Por qué me sigues? —gruñó Bruna, harta—. No tengo nada para ti.



—Todavía no —graznó el cuervo, acomodándose las plumas—. Me llamo Tizne. Y sigo a los lobos porque donde hay lobo, tarde o temprano hay una cacería. Y donde hay cacería, hay sobras que yo no tuve que cazar. Es un trato viejo, lobita. Más viejo que tú y que yo.

—Pues conmigo vas a pasar hambre. Llevo tres días sin cazar nada.

—Ya me di cuenta. Por eso te lo advierto desde ahorita, para no perder mi tiempo: el camino de un lobo solo puede ser difícil. Yo como, sobre todo, de los que no lo lograron. Nunca me falta trabajo. —Ladeó la cabeza—. Pero oye, ojalá seas la excepción. Me caería bien, para variar, seguir a una que llegue.



03

El olor que no sabía nombrar

El rastro apareció al borde de un arroyo seco.

Bruna se detuvo con la pata en el aire. Olfateó una piedra. Dio una vuelta y regresó al mismo sitio.

«Si buscas la piedra, ya la encontraste», dijo Tizne.

Ella siguió sin contestar.

Olía a lobo. No a su madre, ni a su hermano, ni a ninguno de los que habían dormido junto a ella.

El rastro era débil. Bruna avanzó por el cauce, lo perdió sobre un suelo duro y tuvo que volver.



«¿Comida?», preguntó el cuervo.

«No.»

«¿Problemas?»

Bruna levantó el hocico.

«Puede ser.»

Tizne dio un salto hasta una rama más alta.

La loba esperó a que el viento cambiara. No podía oler un futuro ni adivinar parentescos. Había otro lobo al otro lado del llano. Por primera vez desde su partida, eso le pareció una razón para seguir.

04

El llano sin dónde esconderse

El olor la llevó fuera de la sierra, hacia abajo, hacia un llano abierto y pelado donde no había ni un árbol tras el cual esconderse.

A un lobo, el llano abierto lo deja desnudo. En la sierra, entre los pinos, Bruna sabía desaparecer. Aquí, bajo el cielo grande, cualquiera que mirara la vería: una mancha gris moviéndose sobre la tierra clara.

Y tenía hambre. Mucha. Cuatro días ya sin una cacería de verdad.



—Oye —graznó Tizne, bajando a su lado con fingida inocencia—. No es que me importe, pero por allá, pasando esa loma, huele a bueno. A muchos animales juntos. Quietos. Lentos. Gordos. Nomás digo. Por si tienes hambre, que la tienes.

Bruna levantó la nariz. Era cierto. Del otro lado de la loma venía olor a animales: muchos, apretados, torpes.

—¿Qué son? —preguntó.

—Vacas —dijo el cuervo, relamiéndose el pico—. Lo más fácil de cazar del mundo entero. Aunque ésas parecen estar mirando hacia acá. Un banquete servido. Para ti, y para mí.





05

La ternera fácil

La ternera estaba separada del hato.

Bruna se agachó. Le temblaban las patas; el estómago vacío se le cerró de golpe.

«Ahora», graznó Tizne.

Dio un paso.

Una vaca levantó la cabeza.

Bruna se quedó inmóvil. La ternera volvió hacia ella y el animal grande avanzó a su encuentro, con el cuello bajo. Detrás se movió otra vaca.

Tizne cambió de rama.

«Parecían más pequeñas desde arriba.»

La loba retrocedió. Al otro lado de la cerca había un perro. Todavía no había ladrado, pero la estaba mirando.

Bruna bajó la loma sin correr. El hambre bajó con ella.

Al anochecer falló una liebre. Luego otra. Tizne la siguió en silencio, cosa que resultaba casi peor que sus comentarios.

La tercera dejó de correr junto a un matorral. Esta vez Bruna no se adelantó al salto.

Tizne aterrizó lejos y esperó su turno.





06

El rancho que aprendió

Desde la siguiente loma, Bruna vio al jinete.

Recorría la orilla del ganado. Cerca del corral se movían tiras de tela colgadas en una cuerda. La loba se acercó por el costado, vio agitarse una de ellas y se detuvo.

El perro ladró.

Bruna se apartó hasta quedar debajo de unas piedras. El jinete había girado hacia el sonido. No la siguió: volvió con las vacas.



«Qué mala costumbre», murmuró Tizne.

Más allá no había restos de ganado que los atrajeran al camino. La loba olfateó el aire y buscó otra salida.

No sabía cuánto durarían aquellas telas ni si todos los perros vigilarían igual. Esa noche el rodeo bastó.

Al amanecer estaba otra vez entre matorrales. Tizne llegó al árbol de enfrente antes que ella.

«Aquí al menos podemos desayunar sin que nos ladren.»

Bruna alzó las orejas. Algo pequeño acababa de moverse bajo la hierba.



07

El rifle

Pero no todos los ranchos habían aprendido lo mismo.

Dos noches después, siguiendo todavía el olor del norte, Bruna cruzó una tierra distinta. Sin perro. Sin banderitas. Sin jinete. Y con un hombre que la vio.

Lo vio ella primero: una silueta en el porche de una casa, que se levantó despacio al distinguir la mancha gris moviéndose en su llano. Entró, y salió, con algo largo y oscuro en las manos.

—Corre —graznó Tizne, por una vez sin burla—. Corre, lobita. Eso que trae mata de lejos.

Bruna corrió. Zigzagueó entre las piedras como le habían enseñado sin enseñarle, buscando los huecos, las sombras, lo bajo. Sonó un trueno seco que no era trueno, y algo golpeó la tierra a su lado, escupiendo polvo.

No volteó. No dejó de correr hasta que el llano quedó muy atrás y el corazón apenas le cabía en el pecho.

Cuando por fin se detuvo, jadeando, Tizne bajó a una roca, a su lado.

—Te lo dije —graznó, pero sin ganas de tener razón—. Yo he visto lobos que no llegaron. ¿Para qué te esfuerzas?

Bruna no contestó enseguida. Se lamió una pata temblorosa. Y entonces, en la oscuridad, llegó otra vez el olor. El del norte. Más fuerte. Más cerca.

—Para esto —dijo—. Para esto me esfuerzo. Todavía huele. Todavía me falta llegar.



08

La respuesta

Esa noche Bruna aulló.

El sonido salió áspero al principio. Lo había usado para llamar a su familia, para reunirse después de una cacería. Ahora no sabía quién podía oírlo.

Esperó.

Tizne sacó la cabeza de debajo de un ala.

«¿Qué?»

Bruna volvió a llamar.



El llano se quedó inmóvil. La loba empezó a bajar de la piedra.

Entonces llegó una respuesta.

No la reconoció. Se detuvo antes de apoyar la pata en el suelo y escuchó hasta el último sonido.

«Ése no soy yo», dijo Tizne.

Ella no se rio.

Esperó otra vez, con las orejas hacia el norte. Quería correr. También quería saber si el otro estaba llamándola o pidiéndole que no se acercara.

Se echó junto a la piedra.

Al amanecer habría luz para mirar.



09

El de otra sangre

El otro lobo apareció al amanecer.

Bruna no corrió hacia él. Él tampoco. Se miraron desde dos orillas de un cauce sin agua.

Tizne aterrizó en medio y luego decidió que prefería una piedra más alta.

El desconocido olfateó el suelo.

Bruna avanzó hasta una mata seca y dejó allí su olor. Él esperó a que se apartara antes de acercarse. Tardaron toda la mañana en reducir una distancia que cualquiera de los dos habría cruzado de un salto.



Se llamaba Cenizo.

No le contó su vida en aquel encuentro. Al ver moverse una liebre, giró de golpe la cabeza. Bruna giró también.

El primer intento juntos fue un desastre: él cerró por la izquierda justo cuando ella esperaba que siguiera de frente.

Tizne los vio regresar con las lenguas fuera.

«Por fin», dijo. «Otro que no sabe.»

Bruna se echó a la sombra. Cenizo se quedó cerca, sin ocuparle el sitio.





10

Los que se van para que algo siga

Pasaron muchas mañanas antes de que acertaran.

Aprendieron dónde esperaba el otro, cuándo avanzar y cuándo dejar de correr. Buscaron un valle con agua y presas. No era un lugar vacío: olía a otros animales y, más lejos, a un camino.

En primavera nacieron los cachorros.

Uno salió de la madriguera antes que los demás. Bruna lo empujó hacia adentro con el hocico. Cenizo dejó junto a ella un poco de comida y volvió a subir la ladera.



A muchas jornadas de allí, unas personas reconocieron a Cenizo en una cámara de seguimiento. En sus registros figuraba una madriguera donde, recién nacido, lo habían colocado con una camada silvestre. Para conocer sus primeros días había hecho falta gente y cuidado. Él no podía recordarlos.

Tizne bajó hasta una roca. El cachorro asomó otra vez.

«Éste también querrá irse», dijo.

Bruna apoyó la cabeza entre las patas.

Todavía no. Por ahora oyó a Cenizo volver y se levantó para recibirlo.

Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

Los lobos pueden dispersarse para buscar territorio y pareja. La recuperación del lobo mexicano incluye seguimiento y manejo de la diversidad genética. Una técnica especializada consiste en incorporar cachorros muy jóvenes a camadas silvestres. No todos los encuentros entre lobos producen pareja o crías.

Lo que inventamos

Bruna, Cenizo y Tizne son ficticios. Ningún lobo conoce su genealogía ni puede contar recuerdos de una adopción neonatal. La historia de Cenizo aparece en los registros humanos, no en su memoria. La ruta del cuento no prueba una conexión real entre poblaciones de México y Estados Unidos.

Tu turno

En una hoja dibuja dos refugios separados por un camino. Intenta unirlos sin borrar el camino ni mover los refugios. Añade agua, alimento y lugares de descanso. Otra persona pondrá un obstáculo. ¿Qué cambia en tu ruta? No hay una única respuesta ni un paso seguro para cualquier animal.

Para seguir descubriendo

USFWS · Mexican Wolf Fostering 101

USFWS · Conserving the Mexican Wolf

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en octubre de 2026.

Sangre nueva

Bruna deja la sierra sin saber qué encontrará al otro lado. Tizne, un cuervo con demasiadas opiniones, decide seguirla. El hambre, un corral y una voz desconocida pondrán a prueba todo lo que creían saber del camino.



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Edición visual V3.0 · Octubre de 2026
Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

betafaunaguardianes.pages.dev